El último artículo que escribió Antonio Zelaya C.

Inédito. Cortesía de la Srta. Profª Hortensia Zelaya, para la "Revista de los Archivos Nacionales."

EL MAESTRO GARCIA MONGE

Todo hombre, cuando sobrepasa los niveles de la vulgaridad, genera una leyenda. Algunas veces la leyenda es más fuerte que el hombre. Llega a suplantar su personalidad. Lo convierte en su víctima o lo eleva sobre la verdadera altura de sus méritos. Nadie logra saber qué inescrutables fuerzas mueven en un sentido u otro las básculas sensibles de la fama o del perpetuo olvido. Pero hay también hombres a quienes la leyenda les queda pequeña. La gente percibe, imperfectamente, los perfiles de su espíritu.

Los minimiza porque la multitud es siempre enemiga de la excepción y rara vez se doblega ante el hombre de méritos superiores a su capacidad perceptiva. En este caso está, en relación con los costarricenses, don Joaquín García Monge. Para apreciar su verdadera estatura es preciso alejarse. Es del exterior de donde ha venido la consagración por tantos años negada a este patriarca de las letras hispánicas.

Tesorero de la cultura

El maestro García Monge carece de toda codicia. No ha tenido nunca esas apetencias que hacen agresivo a un escritor. Ni sed de fama, ni hambre de renombre. Se ha concretado a ser el tesorero de una cultura y nada ha guardado para sí. En su casa modesta, la labor incesante ha ido apilando méritos ajenos, con olvido de los propios. El "Repertorio" ha sido para él una casa moneda. En sus páginas ha recogido y acuñado todo el oro, para circularlo pródigo, en el más elevado comercio de la inteligencia. Y nunca intentó un ocultamiento o un escamoteo. La gloria de los grandes escritores ha sido suya, con alegría, con el sano júbilo de quien distribuye una fortuna inagotable. Ha dado a manos llenas el material más rico y más noble: estímulo, voces de aliento, esperanzados mensajes. A los grandes, como no podía darles lo que ya habían conquistado, les ha ofrecido su devoción. A los pequeños, a los que sentían el nacimiento de altas ambiciones, les ha dado todo lo que podía enriquecerlos: su entusiasmo inmarcesible. Las páginas del "Repertorio" presentan a menudo, el testimonio de esa generosidad. Gentes modestas, maestros, poetas, escritores, que en horas de pesadumbre y desorientación, le buscaron, encontraron en él la palabra amiga, el gesto alentador, la pródiga esperanza. En Costa Rica, su patria, ha sido su Revista, de bien ganado renombre, un refugio de la escasa espiritualidad que aún florece bajo el seco clima de la más despótica mesocracia intelectual.

Dentro del país, su obra ha sido más grande y más recia. Pronto tuvo sobre sí, la persecución de los Gobiernos. Esa persecución sorda, de negación constante, de bloqueo y de conjura, de ominoso silencio. Dentro de su pasividad, dentro de la mansedumbre de su ánimo, en su vida sin ambiciones, nuestros Gobernantes vieron a un rebelde. Pero de él nunca partió la protesta. Su mayor venganza ha sido hacer más cultura, porque sabe que la conciencia de los pueblos no se despierta por la demagogia, ni con los histrionismos literarios, ni con las grandes poses y pompas del intelectual megalómano. Ha puesto toda su fe en la constancia. En veinticinco años de labor durísima ha estado solo, tan solo que casi es un milagro que aún tenga entusiasmo. Tuvo eso sí otra rebeldía: los poderosos le negaron su apoyo, le hurtaron sus méritos; es evidente que no pudieron empobrecerle.

El enemigo de los tiranos

Tiene como el Quijote, una cohorte innumerable de enemigos: todos los tiranos del mundo. Tiene dentro de su sencillez, la obsesión por combatir al Turco, que diría Unamuno. En Europa: Hitler, Mussolini, Franco; en Asia el burriciego de Hiroito; en América: Ubico, de Guatemala; Martínez y Osmín Aguirre, de El Salvador; Somoza, de Nicaragua; Carías, de Honduras; Trujillo, de Santo Domingo; Gómez, de Venezuela; Vargas, de Brasil; Moriñigo, de Paraguay; Terra, del Uruguay; los militares nazifascistas de Argentina; Legía y Sánchez Cerro, del Perú; Ibáñez, de Chile, todos han sentido el látigo de fuego, la indomable rebeldía de este hombre pequeñito como Martí, que desde un rincón de América ha movido contra ellos las más grandes fuerzas espirituales.

Porque su rebeldía ha conformado, en la pequeñez de su cuarto de trabajo, el clima de la libertad; y en donde ha habido opresión, en donde el espíritu de predominio, de violencia, o la rapacidad del mandón se han entronizado, el "Repertorio" no puede circular. Se le han cerrado fronteras, se han establecido persecuciones en su contra. Pero indomable y silencioso, con la grandeza de su retraimiento personal, don Joaquín ha hecho una labor constante de oposición. En su país se le ha visto como un hombre de radicalismos peligrosos; desde hace años se le mantiene alejado de la educación oficial. Su "Repertorio" se ha convertido a menudo de semanario en mensuario, pero, como una llamita, que a veces crece a las proporciones de una hoguera, su Revista ha seguido alumbrando, ha seguido dando calor y aliento a todos los espíritus que sufren en los climas inhóspitos de las tierras en donde el despotismo reina. Esa tenacidad, santa tenacidad, como él mismo la llama, es su mayor fortaleza. No importan las horas de miseria y decaimiento. Con voz emocionada él ha referido cómo en sus veinticinco años el "Repertorio" ha sido la empresa de un solo hombre, con la colaboración ocasional de buenos amigos, pero haciéndolo él todo, desde la selección del material hasta la corrección de la última "coma", y el envío de la Revista para su circulación, labor oscura y constante, sin desmayos, sin quejas, sin patetismos.

Y ha sido también este hombre modesto—que lo mismo resiste el duro embate de la adversidad como el halago inesperado de la gloria y el ofrecimiento

de premios y de viajes internacionales—, el más fuerte paladín del engrandecimiento de nuestra cultura ante las penetraciones extrañas. Su posición frente a los Estados Unidos no ha sido hostil ni de negación. Pero nadie como él, a espejo de Martí y de Sarmiento, ha sentido la necesidad de robustecer estas patrias, de hacerlas grandes por el espíritu, de darles consistencia por la cultura, para que resistan la doble absorción de las corrientes imperialistas, tengan éstas el poder convincente del oro o el disfraz engañoso de la penetración cultural. No se ha negado nunca a colaborar. Pero ha preferido servir siempre de pie, con la altivez alerta del espíritu de nuestra raza, los intereses de América, concretando todo su esfuerzo a exaltar esos valores y darles la dignidad y prestancia de símbolos de una cultura que no concreta su aspiración en las grandezas materiales ni en la ostentosa conquista del Vellocino de Oro.

El menosprecio del éxito

La más agresiva política de un hombre apolítico, cuando mide sus aspiraciones por la cultura de su ideal, consiste en el menosprecio del éxito. Frente a la ambición, frente al afán del que atesora y codicia—como frente a Alejandro estuvo Diógenes—el desinterés es una arma terrible. No puede vencerse fácilmente aquel que no pide ni quiere nada. Su independencia es su mayor conquista. Nadie puede arrebatársela. Por eso, don Joaquín García Monge se ha fortalecido, negando al poderoso toda posibilidad de colocarlo en posición subalterna. Cuando le fué ofrecido el premio Cabot, estatuído bajo el patrimonio de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, aceptó el honor, pero renunció al viaje y a las ceremonias de agasajo. Nada más distante de su modestia que los ritos triunfales. Su esfuerzo no puede tener por finalidad la consagración. Por eso nunca ha sentido rivalidades ni dependencias; ni tampoco ha empañado su vida el aliento de las pequeñas envidias, o de las ambicioncillas sórdidas y temporales. Sabe muy bien que ni la efímera embriaguez del poder, ni la opulencia del afortunado, ni la soberbia jactancia de los grandes ambiciosos, pueden saciar su sed de cultura. No ignora que su papel, en el panorama de América, es humilde y episódico si se le compara con el de Jefes de Estado, de altos dignatarios de las Iglesias, de los amos de los ejércitos o de los magnates industriales. Es simplemente un precursor. Con intuición profunda comprende que todo lo que hoy se levanta en nuestras democracias, fruto de la imposición, del predominio devastador de la supervivencia de las clases plutocráticas, tendrá que ceder y venir a tierra con estrépito. Por eso vive siempre en compañía de los grandes. En las salidas estrechas de su casa, atestadas de libros, pobladas de retratos y dibujos, se siente el soplo inmortal de las evocaciones al espíritu de la raza. Ahí alientan, con el aliento impalpable de su presencia augusta: Bolívar, San Martín, Sucre, Morelos, Sarmiento, Juárez, Montalvo, Martí, genios del pensamiento y de la acción, profetas y monarcas de las letras hispánicas, guardianes silenciosos de su tesoro invaluable que los siglos depositaron bajo su custodia, celosa pero nunca avara.

El hombre cotidiano

Hay una grandeza sin amargura; una gloria que no llega rezagada ni póstuma; un poder que no tiene tronos ni demanda el concurso de la fuerza para respaldar su imperio; y es la alegría interior. Y esa es la grandeza, el poder de don Joaquín García Monge: el hombre cotidiano. Va y viene ante el tráfago ambicioso de sus contemporáneos, enamorado de una idea sublime: la unidad espiritual de su América. Nada le atrae ni nada le desvía de su ruta sempiterna. No es como Sarmiento, un recio gladiador de la cultura; no es como Montalvo, el ideal del tipo esquisotímico, abrazado en el fuego de su fanatismo incorruptible por la justicia; no es como Martí, el apóstol predestinado al sacrificio. Aquéllos fueron los hombres de la gesta heroica. Abrieron, en la montaña cerrada, las sendas iniciales. Tenían la estatura de los héroes homéricos. La opresión cegaba a los espíritus. Los grandes delincuentes políticos vencían con el fuego y con la sangre. Las distancias, la carencia de comunicaciones, el hondo separatismo de las castas intelectuales endureció, como endurece la jungla a los recios hacheros que la derriban, a aquellos excelsos varones, caballeros del ideal. Hoy, en el siglo de la radio, la lucha es más sorda, más desprovista de incentivos; los medios de cultura son más amplios, pero ¡ay!, la estulticia, la superficialidad, el torvo materialismo de la época, pueblan el aire de estridencias y de voces temerarias. Es densa e irrespirable la atmósfera. Pero he aquí que frente al despotismo de lo vulgar, frente a las negaciones filisteas, contra los poderes de la sombra, se enfrenta la indomable paciencia, el cotidiano de un hombre inaccesible a la fatiga, al pesimismo y a la desesperanza. Testarudez sublime, hecha de mil renunciaciones, contumacia insobornable que participa de la esencia eterna del tiempo; porfía gloriosa que tiene la fuerza persuasiva de la gota de agua.

Rey sin cetro

Grande no obstante las limitaciones; fuerte no importa la reducción de los medios materiales; estimulante, pese a la carencia de todo estímulo; como luz en el desierto, que la inmensidad opaca y envuelve, esa ha sido la obra del "Repertorio Americano". El maestro García Monge mantiene, a través de los años, la lucha más dura y difícil, la lucha contra las empresas mercenarias. No ha poseído nunca una modesta imprenta. Gran publicista, ha pagado centenares de miles de colones a los comerciantes de papel impreso. Ni un editor inteligente, ni un Mecenas desinteresado. La eterna tragedia de América. Salvo honrosas excepciones, como la de un Mendoza Neira en Colombia, o la de un Mitre en la Argentina, el intelectual en nuestros medios no puede expandir su reino. Sus enemigos son los libreros negligentes, los editores perdularios, las empresas mercantilistas. Priva, a lo largo de nuestro Continente, la mediocridad coaligada, la vulgaridad engreída, los dogmas filisteos, para los cuales el genio es aristocracia y es menester humillarlo; o es enfermedad y es menester curarlo. Rey sin cetro. ¡Infortunado como un rey Lear, con un inmenso poder sobre los espíritus pero siempre en cautiverio! Extremos irreconciliables, dramáticos contrastes de nuestra Raza, "¡que aún habla español y reza a Jesucristo!"

ANTONIO ZELAYA